

aguza el entendimiento y la memoria, y en la de las truchas del Cadagua encuentra lo que buscaba.

—Oigan VV., dice, la historia de unas truchas del Alzania.

Y todos cierran la boca y abren el oído.

## XLI.

### LAS TRUCHAS.

«Desde el monte Aitzgórri, cuya falda oriental recorre el ferro-carril del Norte á poco de entrar en Guipúzcoa, unas veces al aire libre y otras por dilatados túneles, descubre el viajero, allá abajo, en el hondo y frondoso valle, un pueblecito blanco y alegre, entre cuyos edificios se destacan la iglesia parroquial y una fábrica de papel que simbolizan la religion y la industria, principales elementos de prosperidad y vida de los pueblos. El que blanquea en aquel valle es la villa de Cegama, que es como si dijéramos capital del Otamoch, ó tierra de los argomales achaparrados, y está habitada por gente honrada, laboriosa, alegre y feliz, como la generalidad de los pueblos vascongados.

Lo que voy á contar pasó allí en el primer tercio del presente siglo, y aún hay allí quien, como testigo presencial, lo refiere en las largas veladas de invierno, al amor de la lumbre, mientras la caldera de castañas hierve colgada del llar y el círculo de manzanas estalla y chilla al calor de la brasa.

No olvidaré fácilmente la noche que lo oí contar en una casería de Oláran, barriada próxima á la villa. Mientras la cena se ponía en sazón, las mujeres hilaban, los mozuelos desgranaban maíz, los hombres fumábamos (¡holgazanotes!), y los chicos, cansados de formar castillejos y ejércitos con las *marolas*, como llaman allí á las mazorcas de maíz desgranadas, que en Vizcaya llamamos *artapoch* y *garuchos*, rogaban al abuelo que contara algun cuento de los muchos que sabía. Y como yo uniese mi ruego al de los chicos, el abuelo, que ya me habia mostrado su deferencia haciéndome sentar á su lado en el escaño, donde por derecho propio dominaba como absoluto señor, llenó y encendió por segunda vez la negra pipa de yeso, y nos contó el cuento de *Las truchas*.

Era el rector ó párroco de Cegama lo más bendito y glorioso que habia bajo la capa del cielo. Con aquel genio siempre bondadoso, indulgente y sereno, con aquella seguridad de que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, y por consecuencia lo mejor y más justo, y con aquella propension á no descubrir en el mundo más que horizontes de color de rosa, estaba siempre sonrosado como la fresa de Loyola, sano como las manzanas de Oiquina, y gordo como los cebones de Oyarzun.

De su candor y del candor de una muchacha de Oláran que se confesaba con él se contaban ejemplos que hacían desternillar de risa á las gentes de Otamoch, las más tentadas á la risa de las tres provincias hermanas, que son tres reideros de los buenos.

Hay en los arrabales de Cegama una ermita, que fué

antigua parroquia de la villa, y en ella una imagen de San Bartolomé, á cuya proteccion acuden las gentes de las cercanías cuando sus necesidades reclaman la intervencion del cielo. La *nescatilla* de Oláran estaba muerta de amores por un tal Mateo de Ibarreta, el *mutillá* más guapeton y más desdeñoso con las mozas de todo el valle de Cegama, y á su vez el sacristan de San Bartolomé, que era más feo que el voto vá á Dios, miraba con buenos ojos á la *nescatilla*.

Una mañanita del mes de las cerezas, el más hermoso del año, porque le bendicen tres grandes santos, al nacer, San Isidro Labrador; al mediar, San Antonio de Pádua, y al morir, San Juan, fué la *nescatilla* de Oláran, coloradita como ellas, á la ermita de San Bartolomé, y el sacristan al verla se escondió tras el altar de San José, deseoso de averiguar qué peticion se iba á exhalar de sus labios, porque el sacristan preveía que, creyéndose sola en la ermita, formularia su peticion en voz alta, puesto que allí, como en otras partes, las gentes creyentes y sencillas suponen que las oraciones en voz alta son las más eficaces.

La muchacha se arrodilló en mitad de la iglesia, y exclamó:

«— Te ruego, santo bendito,  
que por marido me des  
á Mateo de Ibarreta,  
que es guapo y hombre de bien.»

El sacristan le contestó desde su escondite:

«El sacristan te conviene,  
y el sacristan te daré,  
porque Mateo es un pillo,  
y el sacristan no lo es.»

Y la muchacha, persuadida de que era San José y no el sacristan quien le contestaba, replicó:

«Si no te lo digo á ti,  
Patriarca San José,  
que se lo digo al glorioso  
San Bartolomé.»

Pues contábase que esta inocente muchacha fué un día á confesarse con el Sr. Rector, y cuando éste le preguntó si tenía alguna cosa más que confesar, contestó balbuciente y muerta de vergüenza que le quedaba un pecado muy gordo.

— Más gordo que yo no será, por mucho que sea, le dijo el Sr. Rector con aquella jovialidad que le era propia. Vamos, hija, sepamos qué pecado es ése.

— Padre, si no me atrevo....

— Dilo, y no andes con simplezas.

— Pues ha de saber V. que he dicho de un sacerdote una cosa mala....

— ¡Hola, hola! ¿Y qué cosa ha sido?

— Si le digo á V. que no me atrevo....

— Vaya, no muelas con tonterías. ¿Con que dijiste de un sacerdote?....

— Que parecia un cebon.

— Toma, eso lo dirias por mí. ¿Y qué, los cebones son cosa mala? ¡Malos trozos de cecina me como yo del que maté el invierno pasado!

Esto que se contaba del Sr. Rector de Cegama no tenía mucho chiste; pero mostraba la candorosa ingenuidad del buen sacerdote.

Es verdad que el Sr. Rector se despepitaba por un pla-

tito de magras con tomate ó un par de truchas del riachuelo de Alzánia; pero en cambio era celosísimo en el desempeño de su sagrado ministerio, y como suele decirse, no tenía cosa suya, pues gastaba en limosnas y en obsequiar á cuantos llegaban á su casa, no sólo el producto de su curato, sino tambien el de media docena de buenas caserías que habia heredado de sus padres.

La llavera ó ama del Sr. Rector habia sido tan feliz como éste hasta rayar en los treinta años. Su historia suministraba una prueba más del carácter desprendido y caritativo de su amo. Mari-Cruz, que así se llamaba, quedó huérfana de padre y madre de muy pocos meses de edad, y el Sr. Rector la recogió, costeó su lactancia y educacion, y le sirvió como de cariñosísimo padre.

Mari-Cruz salió una excelente muchacha, y tanto amor y agradecimiento tenía al señor cura, que por no separarse de éste habia desechado muchas buenas proporciones de casarse.

He dicho que hasta rayar en los treinta años habia sido tan feliz como su amo, y de aquí se deduce que no lo era en la época á que me refiero, que es precisamente cuando se acercaba á aquella edad. La explicacion de esto merece, como quien dice, capítulo aparte.

Era célebre en Cegama un viejecito de la altura de un perro sentado, conocido por Diegóchu.

Diegóchu era un pobre labrador que apenas sabía escribir su nombre y apellido; pero era naturalmente tan listo y decidor, y sabía tantos cantares, refranes y chilindrinas, que en todo el Otamoch pasaba entre las gentes ignorantes y sencillas por un sabio, á quien todos ad-

miraban y escuchaban como á oráculo y profeta infalible.

Diegóchu era un admirable *versulári* que echaba la pata á los poetas improvisadores más afamados de las tres provincias hermanas, donde los hay de padre y muy señor mio.

Diegóchu era la delicia de las *deshojas* del maíz con los cuentos con que en ellas embobaba á la gente moza que se reunia para aquella operacion una noche en casa de un vecino y otra noche en la de otro.

Diegóchu entendia de medicina y cirujía más que el célebre Petriquillo su paisano, que años despues, cuando Diegóchu estaba ya enterrado, contribuyó con la mejor intencion del mundo á que se enterrase á Zumalacárregui (1).

Diegóchu daba tres y raya á todos los calendarios en esto de adivinar y pronosticar las variaciones atmosféricas.

Y Diegóchu, en fin, era un pescador tan diestro, que las truchas del Alzánia se le venian á la mano.

Una tarde pasaba Diegóchu por delante de casa del Sr. Rector con una hoz en la mano y un cesto vacío en el hombro, y saludó á Mari-Cruz, que cosía y cantaba en el balcon.

—Diegóchu, suba V. á poner la postura á un pelleji-

(1) El jefe carlista D. Tomás de Zumalacárregui, herido en el sitio de Bilbao el 15 de Junio de 1835, se empeñó en que habia de ser curado por un curandero de Cegama, conocido por Petriquillo, y murió por haberle sobrevenido la gangrena, aunque la herida no parecia grave.

llo de Navarra que hoy ha recibido el señor amo, le dijo Mari-Cruz.

Diegóchu se hacía rogar, y como Mari-Cruz le arguyese que el señor cura la había de reñir si sabía que le había dejado pasar sin hacerle subir á beber una *gotilla*, soltó uno de sus inagotables refranes, que hizo á Mari-Cruz soltar una carcajada, dejó en el portal el cesto y la hoz, y subió á casa del señor cura.

Después que Diegóchu *engañó* una jarrilla del negrillo de Navarra con un canton de pan y unas nueces, encendió la pipa y se puso á echar chicoleos á Mari-Cruz, por supuesto, chicoleos decentes, pues la única lengua que sabía carece de palabras para los de otro género.

De los chicoleos pasó Diegóchu á las preguntas.

— ¿Cuándo te casas, Mari-Cruz?

— ¡Quite V. de ahí, pregunton! Nunca.

— Pues oye un cantar con que logré que mi mujer renunciara á quedar para vestir imágenes y se decidiera á casar conmigo :

« La mujer se parece  
mucho á la hiedra,  
pues necesita un árbol  
que la sostenga. »

Este cantar, amiga Mari-Cruz, añadió Diegóchu, no es gracioso, pero es otra cosa que vale más : es verdadero. Con que no lo olvides, y quédate con Dios, que voy á segar un cesto de hierba con que cenén esta noche mis vacas.

Diegóchu se alejó dando chupadas á su pipa. Mari-Cruz volvió á sentarse en el balcón y á tomar la costura,

pero no volvió á cantar. En lugar de cantar, cavilaba. Hé aquí sus cavilaciones :

— Tiene razón el cantar de Diegóchu. El Sr. Rector va siendo ya viejo, y cuando mañana ú otro día falte, ¿qué va á ser de mí si no me he casado? Dinero ni cosa que lo valga no me ha de dejar, porque con su generosidad y sus limosnas, todas sus rentas se le van, y de las caserías no puede disponer en mi favor porque no pertenezco á su parentela, y ya se sabe que según el Fuero, los bienes raíces no salen de los parientes. Voy á cumplir treinta años, y conforme han ido aumentando mis años, han ido disminuyendo mis novios, de modo que hace dos que no me ha salido ninguno, cuando antes cada año me salían dos docenas. No, caramba, si me llega á salir alguno, no le suelto á tres tirones, aunque sea más feo y contrahecho que el sacristan de San Bartolomé.

En estas cavilaciones y estos propósitos vivió Mari-Cruz hasta que llegó la romería del Apóstol.

Mari-Cruz, que había tenido lo que se llama buenos bigotes, había perdido mucho ; pero como decía el barbarote de Jatunándi, aún se la podía prestar un pan, aunque nunca le devolviera.

Ya que he nombrado á Jatunándi, voy á decir quién era este pedazo de animal. Jatunándi era un mozallón de Arazama, que se distinguía en el lugar por su voracidad que le había valido el apodo con que se le conocía, equivalente á Tragaldabas, y en segundo por su manía de ajustar todas las acciones de su vida á los preceptos de cantares y refranes, cuando estos preceptos no contrariaban sus naturales inclinaciones. Si un refran ó un can-

tar encarecía las excelencias de la gula, Jatunándi le tomaba por un evangelio chiquito; pero si, por el contrario, encarecía las excelencias de la sobriedad, Jatunándi le despreciaba, calificándole de dicho de viejas.

Viejo era Diegóchu, y sin embargo, sus refranes y cantares eran para Jatunándi artículo de fe, sobre todo cuando no contrariaban sus inclinaciones.

El día de San Bartolomé bailó alternativamente con Mari-Cruz y con una chica de la casería de Ondárra, conocida por la Cascabelera por su afición á tontear con todos los mozos, y al terminar la romería declaró á Mari-Cruz su atrevido pensamiento de casarse con ella.

Mari-Cruz, ántes de contestarle, se hizo instantáneamente esta reflexion: «Feo, tosco, tragon y barbarote es este zamacuco, y yo soy casi una señorita; pero á falta de pan buenas son tortas.»

Y despues de los consabidos «¡qué cosas tiene V.!» «¡pero lo dice V. con formalidad?» «¡mire V. si tendrá otras más guápas que yo!» etc., concluyó por darle el *sí*.

¡No hay gente más tonta que las mujeres y los hombres!

Cerca de un año hacia que Jatunándi era novio de Mari-Cruz, y aunque ésta habia tenido muchos motivos para tronar con él, particularmente por sus devaneos con la Cascabelera de Ondárra, que daban á la pobre Mari-Cruz muy malos ratos, estaba resuelta más que nunca á no soltar á Jatunándi ni áun con perros de presa.

Llegó la víspera de San Bartolomé, y Mari-Cruz, como todas las *echeco-andrias* de Cegama y sus inmediaciones, hacía preparativos culinarios para la fiesta.

El Sr. Rector leyó una carta que acababa de traerle un propio venido de Aránzazu, y llamando á Mari-Cruz lleno de alegría, le dijo:

—¡Mari-Cruz, gran noticia! Tenemos este año de predicador al padre Cándido, que es un prodigio de elocuencia sagrada. ¡Qué honra tan insigne para nuestra religiosa Cegama y para mí, que voy á tener la honra de hospedarle! Mari-Cruz, ha llegado la ocasion de echar la casa por la ventana. A ver, hija, si mañana te luces como nunca con tus habilidades de cocina, que el padre Cándido es hombre que si hace prodigios con la lengua, no los hace menores con los dientes. Sobre todo que no falten en la mesa un par de truchas de las buenas. Vé en seguida á avisar á Diegóchu para que las pesque esta tarde, y no omitas nada para que miéntras viva el padre Cándido se hable de Cegama en el refectorio de Aránzazu.

Miéntras esto pasaba en casa del Sr. Rector, pasaba algo relacionado con Mari-Cruz en el castañar de Berunza.

La Cascabelera de Ondárra subia por el castañar arriba con una *errada* de agua de Paulitúrri, y Jatunándi, que la habia visto bajar, la salió al encuentro en el carretil que bajando del monte cruza el castañar. El zamarrero de Jatunándi y la coquetuela de Ondárra reian y retozaban á más no poder bajo un castaño, cuando apareció Diegóchu, que bajaba del monte con un haz de helecho. Al ver á Diegóchu suspendieron el jolgorio, y la Cascabelera continuó su camino castañar arriba, viendo que Diegóchu, en vez de pasar de largo, se detenia á descansar en el carretil posando el haz de helecho en el terrero.